

# Haschisch

Pilar Carrera

No tendría ningún sentido abordar la palabra —«*haschisch*», seguimos la grafía de Jesús Aguirre— bajo el aparato del malditismo. ¿Qué sentido habría de tener si el propio Benjamin se declaraba firme partidario —y en esta ocasión es necesario creer ciegamente en las palabras del autor— de la «iluminación profana»<sup>1</sup>, de la que el opio sería en el mejor de los casos un mero prolegómeno o «escuela primaria», todavía demasiado «sacro», y cuando ya De Quincey había renegado del «sueño oriental»<sup>2</sup>.

Leer las palabras de estos relatos impropios —«Esta historia no es mía»<sup>3</sup>— requiere al menos una comprensión, por no decir otra cosa, intuitiva, del «En el principio antes del sentido está la palabra»<sup>4</sup> eck-

<sup>1</sup> Benjamin, W., *Imaginación y sociedad. Iluminaciones I*, Madrid, Taurus, 1980, p. 46.

<sup>2</sup> De Quincey, T., *Confesiones de un inglés comedor de opio*, Madrid, Alianza, 1984, p. 120.

<sup>3</sup> Benjamin, W., *Haschisch*, Madrid, Taurus, 1974, p. 13.

<sup>4</sup> Meister Eckhart, *El fruto de la nada*, Madrid, Siruela, 1998, p. 139.

hartiano, pero no desde un razonamiento *creacionista* porque no hay misticismo peor que el misticismo de la palabra. Y la «palabra» no es «el Verbo», aunque esta apreciación sucinta y fundamental haya sido voluntariamente olvidada por muchos de los intérpretes de las «palabras» benjaminianas. «Dime qué palabras utilizas y te diré quién eres»: la sabiduría del *flâneur* se reduce a esta breve máxima.

El *haschisch* no estaba allí, en el proyecto de Benjamin, para provocar, para *épater le bourgeois*. Entonces la pregunta es: ¿para qué estaba? Para hacer estallar el libro desde dentro. «Libro» que en Benjamin nunca es «Obra» —a no ser que ésta se entienda como laberinto o cruce de pasajes, galería o lugar de paso, nunca objetivo o meta o clausura— sino tentativa, cuyo advenimiento se anuncia con tanta más delicadeza y enorme deseo, cuanto con mayor certeza se sabe, por anticipado y desde siempre, que nunca se consumará. Decir que Benjamin dejó «inacabada» buena parte de su obra es lo mismo que decir que Benjamin gestionó con voluntad ultrasignificativa fragmentos que con total premeditación nunca encontrarían el cobijo del todo. Ambas consideraciones pueden ser consideradas falsas o simplemente rutinarias.

Los textos dispersos unificados *a posteriori* en torno a una palabra-tema —«*haschisch*»— cuentan siempre una única historia, la historia de la ebriedad del libro, que ya no puede seguir manteniendo su «pretencioso gesto universal»<sup>5</sup>. O, dicho de otra manera, la alucinación del libro-objeto, del lenguaje ejemplar, y no ya la alucinación del *flâneur*, a quien —a diferencia de Don Quijote, primer frecuentador profano de textos y ya no de «realidades», terror de todos los «referentes» y blasón de lo moderno, que sin embargo todavía conservaba el don, la gracia del visionario— dicha gracia le ha sido negada.

Anuncian que a partir de ese momento toda iluminación libresca será profana y tautológica, literal y no reveladora, poderosa-

---

<sup>5</sup> Benjamin, W., *Dirección única*, Madrid, Alfaguara, 1987, p.15.

mente antropológica y graciosamente banal. El libro, tras haber sido durante siglos, y una vez liberado de las raíces terrosas del referente, objeto glorioso, flotante, absoluto, ha acabado por ser devorado por la escritura. Ya no es ni ventana, ni puerta, ni espejo, ni absoluto o completud, mucho menos «obra abierta». Es la casa abandonada y ahora patria del nómada, del *flâneur*, del desheredado, del dulce y respetable habitante del purgatorio. Un territorio, una zona, es decir, un trazo que se vuelve sobre sí mismo, un bucle. Y en la misma medida en que el libro estalla en mil y una escrituras, o relatos o prosas breves o estratagemas, el «personaje», el *flâneur* se entrega, de manera casi servil, a la forma masiva y solipsista que el libro ha dejado vacía. El *flâneur* se asemeja a las personas poco curiosas, poco cotillas, reconcentradas, cuyas relaciones con los demás suelen ser poco sutiles, poco estratégicas, porque una estrategia implica una activación *parcial*, y este tipo humano sólo es capaz de entregarse todo entero cada vez, como si fuese un bloque monolítico, es incapaz de desagregarse, de liberar *única-mente* la parte de proceder acorde a las circunstancias. El *haschicheuser*, el *flâneur* son incapaces de ese refinamiento de la acción. Son las situaciones las que les diseccionan a ellos y les analizan, y no a la inversa —«No creo que fuese el deseo subalterno de escapar a mi tristeza el que, allá arriba, en mi cuarto, me introdujera hacia las siete de la tarde a tomar *haschisch*. Más bien fue la tentativa de someterme por entero a la mano mágica con la que la ciudad me había tomado suavemente por el cuello»<sup>6</sup>. Por otra parte su percepción, en la ebriedad, lejos de ser avivada, pierde toda sutileza, se hace masiva, hasta las palabras se hacen masivas, y se reclama para ellas una humildad referencial sin precedentes, una superposición que casi no deja resquicios entre ellas y el objeto concreto, coyuntural. Es la apoteosis de lo referencial en la ebriedad, en lu-

---

<sup>6</sup> Benjamin, W., *Haschisch*, p. 20.

gar de su clásico *dépassement*: «Junto al último había un banco de piedra: "Banco", me dije, y desaprobé que no firmase sobre fondo negro con caracteres dorados»<sup>7</sup>.

Se representa la venganza del «referente» despreciado, desdeñado, pero no del referente entendido como las cosas que están en el mundo y a las que aluden —como daríamos una limosna— las palabras. Para el *flâneur* el referente es el sueño del lenguaje, su ebriedad, poco tiene que ver con lo «real» entendido como aquello que está ahí fuera esperando a ser nombrado. La minuciosidad con que describe los adornos de una vajilla, las medias enrolladas en el cajón, los ribetes de una cortina, los contornos de una palabra —*Braunschweiger*—, un pasaje parisiense... reflejan ese *darse la vuelta* del lenguaje, ese ponerse del revés que unifica toda la producción de Benjamin.

El *flâneur* dedica numerosos himnos dulces al tan denostado «referente», y muestra su respeto reverencial hacia el más desasosegante de los aposentos del lenguaje, el lugar de los objetos, de las cosas, de lo banal liberado de toda la mística de *profunda humanidad* y *dulzura* y *pequeños placeres* de lo cotidiano y sus irrefrenables tendencias imperialistas; su respeto hacia «ese mundo superficial, encubierto y, en general, inaccesible, que representa el ornamento»<sup>8</sup>.

Los escritos sobre el *haschisch* cuentan cómo el lenguaje, harto de contemplarse en el espejo, y deleitarse, y regocijarse con su mezcla de omnipotencia creacionista y petulante megalomanía de lo frágil, decidió hacerse sirviente, ayudante, un Jacob von Gunten seguido fielmente por la «pequeña forma»<sup>9</sup>, un escribiente.

P. C.

<sup>7</sup> Benjamin, W., *op. cit.*, p. 29.

<sup>8</sup> Benjamin, W., *op. cit.*, p. 47.

<sup>9</sup> Benjamin, W., *Illuminationen*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1974, p. 349.